



Democracia frailuna

Ahora que al fin han subido al Poder los llamados liberales, con el equivale a liquidar la fatal irresponsabilidades de la santiagada y sus antecedentes y consiguientes—lo que equivale a liquidar la fatal responsabilidad—, hay que ayudarles en esa tarea y no permitir que se duerman, y ello les llevará a lo de la reforma constitucional, punto en que acaso Romanones discrepaba (en preterito imperfecto) de los concentrados. Esa liquidación les llevará a la reforma. Y acaso más radical que la que se proponían. O aun más allá que ella.

Hay que ayudarles, sí, pero sin descuidar el seguir combatiendo contra el conservadurismo más o menos idóneo. Hay que tratar de deshacerlo. Hay que impedir que levante la cabeza ese partido, que ha caído ignominiosamente en el Congreso; ese partido a que llevó por caminos de providencial perdición aquel fatídico Dato; ese partido que se proponía ser el sostén del poder personal. Para bien de España hay que acabar con los conservadores históricos. Los conservadores son ahora los liberales.

Los liberales concentrados son, en efecto, los conservadores del régimen, los que tiran a conservarlo. Y es preciso que a la Corona no le quede otra reserva. Que cuando agote esa situación—y será muy pronto—no pueda ya echar mano de nadie.

Y la agotará muy pronto, decimos. En cuanto los liberales tengan que ahondar, quieranlo o no, en lo de las responsabilidades. O la Corona tendrá que resignarse a una existencia vilipendiosa. Y esto bastaría para su ruina completa.

En cierta ocasión *El Debate* hablaba del cerrilismo de los socialistas españoles porque no se prestaban a colaborar con la Monarquía. Sin advertir que la cerrilidad está en ésta y no en ellos. Porque hay que ver cómo entienden lo de la democracia ciertos dinastas.

Menéndez y Pelayo dijo una vez que en la España del llamado siglo de oro había habido una «democra-

cia frailuna». Lo que en el fondo es un contrasentido. Porque «demo» no quiere decir turba, masa informe, rebaño aldeano. Y frailes se llamó a los de las órdenes, en su origen mendicantes. La llamada por Menéndez y Pelayo «democracia frailuna» era pordiosería y nada más. La España de esa supuesta democracia era una tierra de pordioseros, de mendigos y de pícaros. Los Austrias reinaron sobre mendigos. Y la mendicidad ha sido la escuela de nuestra vida pública.

«¿Por qué no me pedís algo?», dice el soberano. Pide que se le pida y hasta mendiga que se le mendigue. Así ha solido ser.

Esa democracia frailuna, la de la pordiosería, es la que han cultivado los conservadores. Es lo que algunos llaman impiamente democracia cristiana. Como si el cristianismo, que brotó de la creencia y la esperanza en el próximo fin de este mundo, tuviese que ver algo con la democracia. La democracia es cosa civil y de esta vida; el cristianismo es cosa religiosa y del otro mundo, del sentimiento de más allá de la tumba.

¿Y por qué los de la democracia frailuna creen ligada ésta al régimen monárquico? ¿Por qué los de la democracia frailuna miran con payor la perspectiva de una República?

Pero hay algo más terrible aún que la democracia frailuna, la de la pordiosería, y es la democracia jesuitica, la de las famosas Reducciones del Paraguay, en que algunos creyeron ver un ensayo de comunismo. Y eran, sí, la nivelación en la memez. Porque el fin del jesuitismo es enmecer al pueblo. Sólo que la némesis ha sido tremenda, porque tanta maña se han ido dando los jesuitas en enmecer a los fieles, que han acabado por enmemecerse ellos. Y hoy no hay nada más memo que un jesuita español. Se la pega cualquier pobre diablo.

A los jesuitas no les gusta que les

llamen frailes. Y aunque mendicantes, mendigan de otro modo que los demás.

«Y bien—se dirá el lector—, ¿qué tiene que ver esto de la democracia frailuna y esto de la jesuitería con la subida de los liberales al Poder y con la liquidación de las responsabilidades de la santiagada y con la reforma constitucional?»

¡Ah, todo tiene que ver con todo! Y, además, el estado actual, el de este reinado, el de 1921, es hijo del estado de la Regencia, el de 1898, y el estado de 1898 era el de la memez ajesuitada. Y si nos remontamos más, hasta 1868, veremos que en el Palacio de entonces se mascaba la memez. No hay sino leer la «Llave de oro», del padre Claret. Ni un jesuita español de hoy es capaz de escribir tantas simplezas de seguido.

Esta España oficial está degradada mentalmente. Se masca la ramplonería y con ella la frivolidad. Hay quien cree en la grandilocuencia de Vázquez Mella. Y eso que llaman democracia cristiana no es sino memocracia.

Y no sólo de pan vive el hombre, sino de pensamiento. Que no es el hambre, sino la idea del hambre, la que hace las revoluciones. Lo que hay en el fondo de la Historia es el pensamiento.

¡Ciudadanos de todos los países, pensad!

Miguel de UNAMUNO

